

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 92

25 cénts



El señor Huracán

por REGINALD DENNY



BIBLIOTECA 'LUSION

EL SEÑOR HURACAN

Regocijante comedia escrita e interpretada por el genial actor

Reginald Denny

Versión literaria de
CRISPULO GOTARRÉDONA

Exclusivas Universal Hispano American Films, S. A.

Calle Valencia, 233. - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

Estrenada a la temporada 1927-28

EL SEÑOR HURACAN

I

El que no sepa lo que es "tragarse una carretera", que se ponga en el pescante de un auto y lo suelte a toda velocidad, de forma que parezca un huracán desenfrenado.

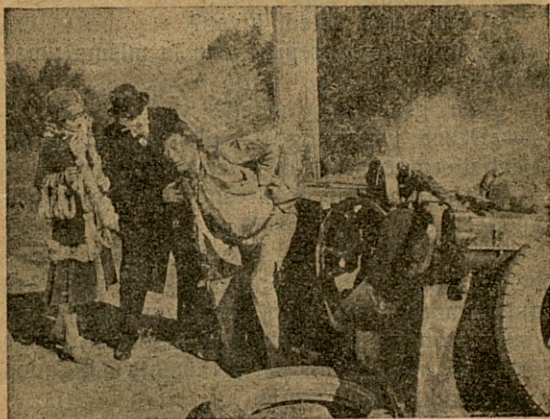
Si el lector tiene esa bonita curiosidad, pero teme arriesgar el pellejo en semejante empresa, medida de prudencia que nunca alabaremos bastante, haga que Tom Brown le relate las emociones que se suceden en el curso de una de esas carreras vertiginosas que llevan generalmente, y por paradoja, esas personas que no tienen ninguna precisión de llegar a la hora al trabajo.

Tom Brown le relatará, sin duda, el percalce que le ocurrió en cierta carretera. Tom Brown es un muchacho alegre con gracia natural para hacer amena una relación como aquella que tuvo sus ribetes de tragedia y que desde luego influyó de gran manera en su porvenir.

Os dirá que marchaba entre 90 y 100 kilómetros hora a lo largo de una carretera; que no tenía precisión alguna de llegar a tiempo a ningún sitio y hasta que no sabía adonde iba; pero que llevaba aquella velocidad extremada para amenizar algún tanto la monotonía del camino. Durante la carrera "dió polvo" a cuantos autos encontrara, atropelló gallinas, patos, perros y demás animales que entorpecen la circulación ordinaria de las carreteras; estuvo a punto de arrollar, y no lo hizo por verdadero milagro, a un confiado peón caminero que cavaba con un pico en medio de la carretera, y a una pobre mujer que tuvo la mala idea de atravesarla sin tomar la precaución de esperar a que pasase aquel huracán devastador y mortífero.

Tom Brown confiesa que no sabe hasta cuando hubiese durado aquella carrera desenfrenada si un accidente de todo punto casual no le hubiese obligado a parar.

El accidente fué que un poste del teléfono se puso delante del auto y éste quedó encallado sobre aquél, al propio tiempo que la frágil carrocería se derrumbaba estrepitosamente hecha trizas, y Brown quedaba abajo, entre un montón de planchas y piezas sueltas, completamente destrozadas. En una palabra: el auto flamante y veloz, había pasado a ser un montón de hierros viejos, casi por ensalmo.



—Joven: ¿tenía el coche asegurado?

El automovilista había quedado depositado entre los restos del auto y permaneció cerca de un cuarto de hora con la cabeza depositada sobre el volante, sin conocimiento.

Pasado aquel tiempo, un auto que pasaba por allí le prestó auxilio, si puede calificarse así el hecho de que un señor de cierta edad, con cara de pocos amigos, le saque a uno de debajo de un coche y le deposite suavemente sobre la desvencijada carrocería. Brown abrió los ojos y antes de que pudiera articular palabra, el caballero de cierta edad le hizo esta amable pregunta:

—¿Cómo está usted, joven?

A la que Brown repuso con la misma amabilidad:

—Bien, gracias, ¿y usted?

—¿Desea usted algo?—volvió a preguntar el caballero con cara de pocos amigos.

—Me parece que no—respondió Brown mirando en torno.

Con aquella mirada, Brown abarcó el coche de aquel señor y dentro de él a una personita, morena ella, con unos ojos que le impresionaron grandemente y una sonrisa a flor de labios, unos labios perfectamente dibujados y coloreados con carmín.

Brown se quedó extático ante aquella mirada y aquella sonrisa que le atraían como un imán, y habría perdido el conocimiento si las palabras del padre, al parecer, de aquella delicada criatura, no le hubiese vuelto a la triste realidad.

—Joven, ¿tenía el coche asegurado?—preguntó el caballero.

—A todo riesgo, ¡hasta del de submarinos!

—Bien hecho, porque, ¿quién le manda ir haciendo el indio por una carretera?—comentó el caballero.

—Es que se me quedó el pie dormido sobre el acelerador—dijo Brown para justificarse.

La joven del coche intervino en favor de Brown y dejó oír por primera vez una voz clara y armoniosa, para prevenir a su padre:

—No le riñas tanto, papá. ¡Bastante asustado debe estar él!

Brown iba a dar las gracias, pero el padre de la encantadora joven no le dejó articular palabra.

—Lamento el contratiempo y le aconsejo que no reincida. Estos accidentes estropean mucho los coches.

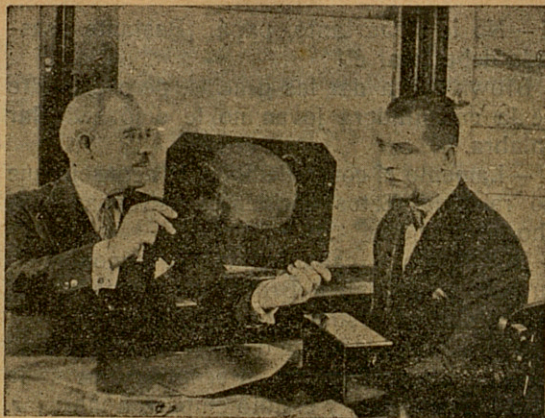
Dicho esto el caballero volvió a montar en su auto y entregó a Brown su tarjeta por si necesitaba un testigo para el seguro.

Cuando Brown recogió la tarjeta, cruzó una mirada de simpatía con la señorita, que se la volvió con creces, y el auto empezó a marchar.

Hasta aquí la aventura no sale del terreno de las cosas ordinarias. Este simple suceso no habría influido ni bien ni mal en la vida de Tom Brown, pero nadie podrá negar que un atropello de auto es algo que puede influir poderosamente en la vida de todo hombre y por consiguiente en su porvenir; y esta influencia es tanto mayor cuanto más aparatoso es el accidente.

Un accidente y de lo más aparatoso fué lo que le ocurrió a Brown; cuando todavía seguía con la mirada el auto de la joven de ojos negros, otro auto disparado a toda velocidad le arrolló y le dejó como muerto en medio de la carretera.

Cuando un auto es embestido por detrás, se le puede cambiar la carrocería, pero un hom-



—La cabeza creo que es lo que me ha quedado mejor...

bre tiene que seguir con la vieja. Brown, pues, fué recogido y conducido a la clínica más próxima, con objeto de hacerle una reparación general.

II

Dos meses después, se hallaba Tom Brown en el despacho del director de la clínica, examinando unas radiografías que aquel le presentaba.

Brown había sido dado de alta y se despedía del médico.

—La cabeza creo que es lo que me ha quedado mejor, ¿verdad doctor?

—Sí; la fractura fué seria, pero no creo que la soldadura se rompa.

—¿También se me torció la espina dorsal? —preguntó Brown examinando una nueva radiografía.

—¡Naturalmente! Figúrese que el isquión se fracturó y el ileón se hizo polvo.

—¿Cree que no me resentiré de la rotura de la pierna? ¿No? Más vale así; es usted una maravilla echando remiendos.

—Modestia aparte, y ya que está curado, le diré que le trajeron en un capazo. Ahora en mucho tiempo nada de autos. No le pude arreglar los nervios ni con una aguja de hácer ganchillo. Es preciso que vaya a descansar a un país apacible y de clima templado.

—¿Me probaría California?

Tom Brown tenía ciertos motivos para preferir el cielo de California sobre cualquiera otro, y la causa era que “la muchacha del auto”, como le llamaba desde el día fatídico, vivía en Los Angeles.

Si hay hombres obedientes al mandato de los médicos, entre ellos puede apuntarse a Tom Brown. Siguiendo el consejo del doctor, quiso evitar toda impresión nerviosa y, sobre todo, la posibilidad de sufrir otro accidente

automovilístico y juró no volver a guiar un auto en toda la vida.

Por de pronto, en la estación de Los Angeles, ya le estaba aguardando uno de esos coches de un caballo, llamados "cabs" que sólo existen en algunos museos retrospectivos, y allí mismo dió al auriga las señas del señor J. D. Smith, o sea el caballero de la tarjeta. Claro está que la visita era en obsequio a la joven.

Una cosa ponía extraordinariamente nervioso a Brown y esto era la velocidad. Sus resentidos nervios no podían resistir el paso ligero sin excitarse terriblemente.

—Lléveme a la Avenida Hompton, número 525, pero no tenga ninguna prisa; vaya al paso.

Como si le hubiese entendido, el caballo empezó a andar a un paso mesurado y tranquilo.

Llegaron a un cruce de calle y allí, Brown tuvo una cuestión con el caballero de un auto parado enfrente del "cab"; el cual no hacía más que tocar la bocina.

—¡Basta ya de ¡mac! ¡mac! ¡mac!

El caballero del auto se volvió y después de mirarle despectivamente le volvió la espalda. Esto irritó tanto a Brown que saltó del "cab" y fué a pedirle explicaciones.

—No recuerdo dónde he visto su cara, pero de seguro que me fué tan desagradable como ahora—replicó el del auto.



...levantó el brazo para tirarle la bocina...

Por toda contestación, Brown, dió un tirón a la bocina, la arrojó al suelo y volvió a ocupar su coche.

Entonces fué el del auto quien se acercó al "cab" amenazando a su ocupante:

—¡Es usted un idiota! ¡Verá lo que le cuesta haberse atrevido a arrancar la bocina de mi coche!

Estamos seguros de que si Tom Brown hubiese tenido ese poco de memoria que aconseja la prudencia para no meter la pata, habría recordado que aquel caballero era nada menos que el propio J. D. Smith, pero Brown

tenía muy mala memoria y no podía prevenir, además, las consecuencias que podía traerle aquel proceder, y no sólo le molestó de palabra, sino que le ofendió de obra retorciéndole la nariz.

Una hora después, el "cab" paraba ante el domicilio del señor Smith y Brown se apeaba y preguntaba por la señorita al criado que salió a abrirle.

—La señorita debe estar en el taller del escultor Dumond, avenida de Hollywood, número 220.

Brown volvió a ocupar el "cab" y éste entendió el camino hacia el estudio del escultor Dumond.

Dorotea Smith estaba "posando" ante el reputado escultor desde hacía unas semanas. El propio Dumond preparaba también una magnífica escultura para anunciar la gasolina "Smith" en la próxima exposición del automóvil, de modo que casi casi podía decirse que era el escultor de la casa.

Por cierto que aquel día debía llegar el gran automovilista Billings que por galantería había accedido a servir de propaganda figurando como modelo del corredor de la gasolina "Smith".

Esta noticia tenía muy contenta a Dorotea, pues quería aprovechar la ocasión para conocer al corredor de reputación mundial.

Llegó también al taller el señor Smith para

ver como iban las obras y venía de muy mal humor.

—Figúrense—dijo mostrando la bocina—que un imbécil me la arrancó del auto y sin provocación por mi parte llegó a agredirme. ¡Si por casualidad algún día doy con él, no le dejo un hueso sano!

Fijó la vista en la estatua y la vió tan retrasada que le puso de peor humor. El escultor le aseguró que estaría lista para la exposición.

—Sólo falta modelar la cabeza, y para servirme de modelo, hoy mismo llegará el gran Billings.

Poco después, llegaba al taller el joven Brown y se presentaba a Dorotea, mientras el padre de ella seguía discutiendo con el escultor por el retraso de la obra.

—Me llamo Tom Brown; no sabe usted los kilómetros que he hecho para volverla a ver.

—Pues yo, la verdad, me parece que esta es la primera....

—¡Yo estaba seguro de haberla impresionado!—exclamó Brown.

—¡Ah! Usted es el joven que salió estropeado de la colisión, ¿verdad?

—Sí; de la colisión, del isquión y de algunos huesos más. Guardé la tarjeta de su papá, pues soñaba volver a verla otra vez...

—¡Cuánto se alegrará papá de saber que aún está usted vivo!



*...accedió de buena gana a hacerse pasar
por el corredor...*

—De seguro que ni siquiera se acuerda de mí...

¿Pues no se iba a acordar? ¡Ya lo creo que se acordó! No hizo más que fijarse en su cara, cuando levantó el brazo para tirarle la bocina que aún llevaba en la mano y empezó a perseguirle por todo el taller, mientras decía cosas descompuestas:

—¡Me va usted a pagar el tirón de narices, canalla!

Por fin, su hija pudo reducirlo a la obediencia y se lo llevó escaleras abajo. Quedaban en

el estudio de Brown y el escultor Dumond, el primero se había dejado caer abatido sobre un diván y el segundo inquiría la causa de aquella extemporánea agresión del millonario. Brown se lo explicó.

—Estoy loco por ella—dijo para terminar—, pero después de lo de la nariz su padre no querrá ni olerme.

Entre tanto Brown se lamentaba de la contrariedad sufrida, el escultor recibía un telegrama que le causó mucho disgusto. Era que el corredor Billings le comunicaba la imposibilidad de cumplir su promesa a causa de que el marido de su amante le había sorprendido en pleno idilio y le buscaba por todas partes como un loco.

Dumond empezó a recorrer la estancia grandemente agitado por la contrariedad que se le presentaba. De pronto tuvo una idea salvadora y parándose ante Brown le dijo:

—¡Necesito su cabeza!

Brown dió un salto y se puso en guardia, temeroso de que el escultor se hubiese vuelto loco.

—No me ha comprendido usted—explicó Dumond—; la necesito para modelo de mi estatua. Si usted me hace este favor, yo le prometo hacerle otro: le arreglaré el asunto de las narices.

El escultor explicó sus planes al asustado Brown y éste accedió de buen grado a hacer-

se pasar por el corredor Billings, con tal de ganarse el perdón del irascible Smith, padre de Dorotea.

III

Llegó la fecha de apertura del Salón del Automóvil de Los Angeles y con ella la inauguración del "stand" del señor J. D. Smith, el célebre y poderoso fabricante de gasolina.

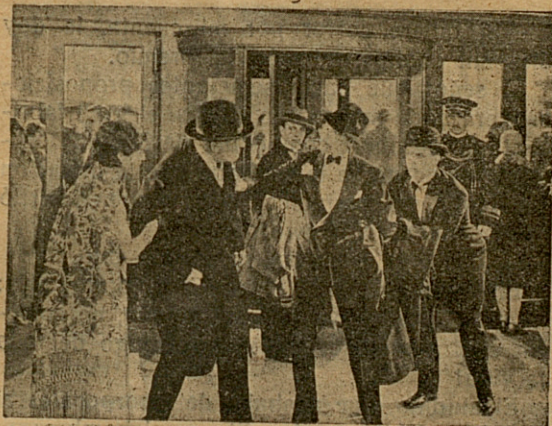
El escultor Dumond participó a Brown que era llegado el momento de hacer efectiva su promesa, y le llevó a la exposición, suplicándole que hiciese lo que él le indicase.

Smith y su hija Dorotea asistieron a la fiesta de la inauguración de la obra del reputado escultor y, acto seguido, éste presentó al pobre Brown al magnate de la gasolina.

Smith estuvo muy satisfecho de conocer al gran corredor y hasta disculpó lo de las narices asegurando que fué un gran honor para él que el gran Billings le gastara aquella broma.

Dorotea también estuvo muy contenta al saber que el joven que le había sido tan simpático era Billings.

—Soy feliz con haberle conocido, señor Billings—confesó la joven.



El escultor Dumond participó a Brown que era llegado el momento...

Y después se enfrascaron en una conversación que sin duda había de serles muy agradable, a juzgar por la satisfacción que denotaban.

El público también aplaudió pródigamente al reputado corredor y todo el mundo quería estrechar su mano.

—He oído decir que no corre usted mañana. ¿Cómo es eso?—dijo un caballero que desde el momento que fué dado a conocer no se apartaba de su lado.

—Si quiere correr por mi cuenta, le doy diez mil dólares, además del premio.

El señor que hacía semejantes proposiciones, era nada menos que Hoobs, el gran fabricante de gasolina, competidor de Smith. Doro-tea, a quien no se le ocultaba que la intención de Hoobs era perjudicar a su padre, advirtió indirectamente a Brown:

—¿Correría usted contra papá?—dijo.

Entonces Brown se resistió a aceptar y dijo:

—Por todo el oro de este mundo, no correría contra el señor Smith ¡un amigo de toda la vida!

El aludido, que acababa de incorporarse al grupo le dió una palmadita en el hombro:

—Amigo Billings, debería usted aceptar la proposición del señor Hoobs... pero guiar mi coche.

Dumond intervino para salvarle de aquella situación embarazosa, advirtiéndole:

—Ustedes ignoran que el señor Billings no puede correr en América, so pena de perder el contrato que tiene firmado en Europa.

—Eso es; y si pudiera correr, sería únicamente por usted, señor Smith—remachó Brown.

Hoobs, a quien había mortificado la negativa de Billings y la preferencia que daba a su competidor, dijo:

—Billings no correrá porque no quiere perder su reputación empleando ese aguachirle que vendes por gasolina.

—¿Van diez mil dólares a que mi coche gana al tuyo en la carrera de mañana?

—¡Van!

Todos los preparativos de la carrera hacían esperar que el coche de Smith ganaría, y Doro-tea se exhibía en la exposición del brazo de Billings.

Un caballero se presentó al falso Billings y le dijo:

—¿Me quiere usted decir dónde está Billings?

Brown se lo llevó aparte y le preguntó si le conocería bien.

—Figúrese si le conoceré que era mi íntimo amigo y ha seducido a mi mujer!—respondió aquel—. Ahora le voy buscando para arreglar esta cuentecita.

—Pues yo no le conozco—respondió Brown y a partir de aquel momento procuró escabullirse y, al efecto, se ofreció acompañar a Doro-tea hasta su casa.

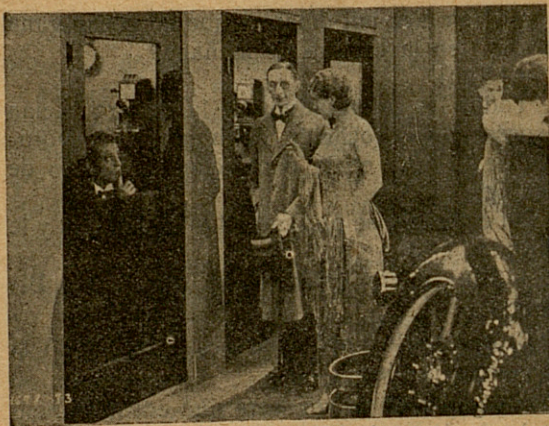
—Le ruego que no me llame Billings—añadió—. El apellido es sólo para el oficio. Le agradeceré que me llame Tom.

—¿Tom? ¿Pero no se llama usted Jorge?

—Sí... pero las personas de la intimidad me llaman Tom, por costumbre.

—Pues le llamaré Tom. Ahora voy a decirle a papá que usted me llevará a casa.

Entre tanto, el señor que buscaba a Billings



—¿Sabe usted donde está un personaje llamado Billings?

seguía recorriendo los "stands" preguntando a cada paso:

—¿Saben dónde está un personaje llamado Billings?

Dorotea no ocultaba su satisfacción por ser llevada a su casa por el gran corredor y el padre le concedió el permiso. Cuando vió que el "coche" de Billings era el "cab" que ya conocen nuestros lectores, no pudo ocultar su decepción.

—Jamás subí en un cachivache de éstos. Van muy despacio, ¿verdad?

—Depende... A veces adelantan mucho.

—¡Una genialidad del grande hombre!—pensó Dorotea resignándose a utilizar aquel "instrumento".

El coche partió a una velocidad media de dos kilómetros por hora, y eran más de las diez cuando el señor Smith llegó a su casa, encontrándose con que Dorotea no había vuelto.

—¿Está mi hija?—preguntó al criado.

—Aún no ha vuelto—respondió el interelado.

Por fin, media hora después, se presentaba Dorotea acompañada de Brown. Una ligera mirada le bastó a Smith, que había salido a recibirles a la puerta, para ver que la mejilla de Billings ostentaba la marca de unos labios...

—Qué, ¿estaba estropeado el cambio de marchas?—preguntó a los recién llegados.

—Sí, papá...—respondió Dorotea.

—Sí... algo de eso...—dijo Brown.

—No se olvide—añadió por lo bajo a Dorotea antes de despedirse—, que me ha prometido una respuesta para mañana por la mañana.

Y la mañana siguiente llegó después de la noche anterior, según es uso y costumbre, y con ella una mala noticia para Smith.

El portador de la mala noticia fué a visitarle a primera hora, llevaba el brazo en cabrestillo y era el corredor que debía guiar su auto en las carreras.

—Seguramente que durante la noche alguien metió mano en el coche y cuando he querido ponerlo en marcha, me he roto el brazo.

—¡Esto no es más que una mala jugada de ese bandido de Hoobs!—exclamaba Smith paseando por la estancia, mientras se llevaba las manos a la cabeza en señal de desesperación—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Por qué en mi lugar no deja correr al mecánico?

—No. ¡Quiero un corredor de verdad y de fama!

Pero los corredores de verdad de Los Angeles estaban ya acaparados por las grandes casas y no había manera de hallarlo ni a peso de oro.

—¿Qué piensas hacer, papá?—inquiría Dorotea tomando parte efectiva en las preocupaciones de su padre.

—No lo sé, pero forzosamente he tener la solución antes de las dos de la tarde.

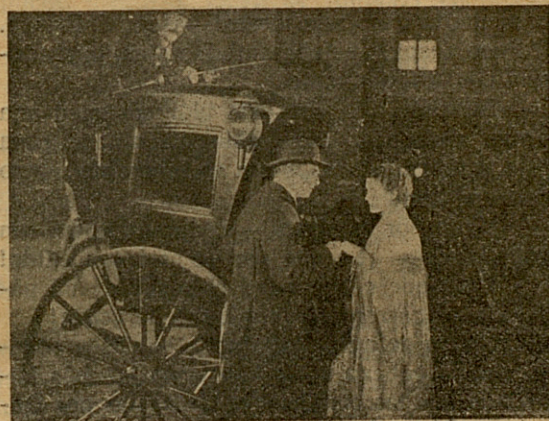
Una doncella anunció que el señor Billings llamaba por teléfono a la señorita, al oír lo cual, el señor Smith se dió una palmada en la frente.

—¡Ese es mi hombre! Dile que venga inmediatamente!—dijo a Dorotea.

Esta se puso al habla con Brown.

—Llamé, ¿sabe usted? porque...

—Bien, no se esfuerce... Si quiere venir inmediatamente, sabrá mi respuesta de viva voz...



Por fin, me lía hora después...

Después colgó el auricular y empezó a palmeotar de alegría.

—¡Viene ahora mismo, papá! Déjame que yo conseguiré lo que tú quieres.

Dos horas después, Brown se apeaba del "cab" a la puerta del chalet de Smith y éste en persona salía a recibirle.

—Dorotea la ha llamado porque quiere decirle algo de la mayor importancia. Quería tratar yo el asunto con usted, pero Dorotea me ha pedido que la deje a ella. Espero que le será agradable aceptar.

—¿Agradable nada más? ¡No sueño en otra

cosa desde hace seis meses!—aseguró Brown.

Poco después estaba ante Dorotea, mirándosela con arrobamiento.

—Anoche—dijo ella—me planteó usted una grave cuestión... cuya solución aplacé para esta mañana. La respuesta es favorable... pero con una condición...

—¡Pida por esa boca!—exclamó Brown con entusiasmo—. ¡Lo que sea ya está concedido!

—Pues que corra usted el coche de mi padre en las carreras de hoy... ¡y que vengan!

Un jarro de agua fría que le hubiesen echado por la cabeza no le habría hecho más impresión que las condiciones impuestas por Dorotea. ¿Cómo iba él a correr si lo tenía terminantemente prohibido por el médico? Además, desde el memorable accidente gracias al cual la había conocido a ella, les había tomado tanto miedo a los autos y a las carreras, que en modo algunos podría acceder a las pretensiones de la joven.

—Con mucho gusto aceptaría, pero...—objetó—pero es un feo muy grande para el corredor de su papá.

—No se apure por eso. Eduardo se ha roto un brazo esta mañana y, por tanto, está imposibilitado para correr. Un cobarde preparó un ardid para que mi padre quede en ridículo.

—Bien, pero... suponga por un momento que yo hubiese mentido, que yo no fuera el corredor Billings, ¿qué pasaría?

—¡Oh, eso no puede ser, porque usted no puede mentir y usted es Billings! De modo que no le creería.

—¡Ya me lo temía yo!—murmuró Brown.

—Bueno; ¿quiere usted guiar?

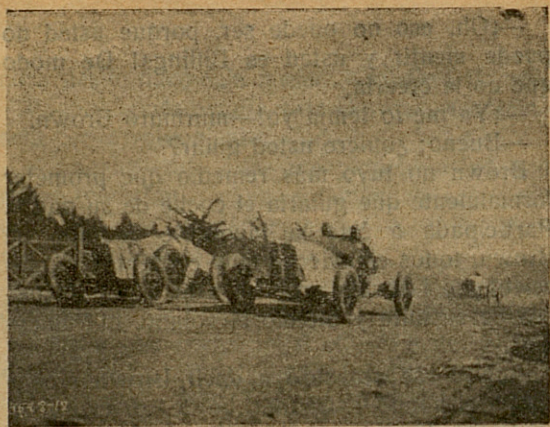
Brown no tuvo más remedio que prometer formalmente que guiaría el coche de su padre. Participada a éste la favorable decisión de Brown, todos estuvieron muy contentos y para celebrarlo Dorotea propuso salir a dar un paseo en su auto y ofreció el volante al "maestro".

—¡No!—se apresuró a decir Brown rechazando el honor—. Cuando he de correr por la tarde, jamás guío por la mañana. Es una manía.

IV

Claro está que a Brown le convenía infinitamente más buscar una manera discreta de retirarse que hacerlo luego por la tarde delante de cincuenta mil personas.

Pensando así, mostró deseos de ocupar el volante y se lanzó por la carretera a toda velocidad. Su objeto era hacerse detener por los policías de tránsito.



El coche del supuesto Billing era un huracán...

—Si nos cogen nos encierran y ¡adiós carrera!... y si no gano ¡adiós boda!

No tardaron en ser perseguidos y detenidos por las motocicletas y entonces Dorotea tramó una estratagema, haciendo pasar a Brown por herido. Gracias a esto, los propios policías les dieron escolta hasta una clínica próxima, donde instalaron a Brown con toda clase de precauciones.

Entre tanto, Smith, que desde la aceptación de Brown estaba loco de alegría, se encargó

de cambiar la matrícula a favor del célebre corredor.

—¡Quiero matricular a Jorge Billings como conductor de mi máquina, la número siete!

En la clínica, una vez colocado Brown en la mesa de operaciones, pudo comprobarse que no tenía nada; sin embargo, se hizo el desmayado y la cosa salió bien.

—Lo que tiene no es más que un desmayo, tal vez por debilidad—dijo el médico—. No hay más que darle algo para reanimarle.

“Algo” en aquella clínica era, por lo visto, alcohol de 95 grados. Iban a darle una pequeña porción, pero Brown se bebió un vaso entera, pues tenía mucha sed y se figuró que lo que le daban era agua.

A partir de aquel punto, desaparecieron todos sus temores y se sintió animoso no sólo para tomar parte en la carrera, sino para salir vencedor.

Llegó la tarde y con ella la hora de la carrera y después el momento emocionante de la partida, pero Billings no parecía por parte alguna.

—Lo tendremos que descalificar si no se presenta antes de ser puesto en marcha el primer coche—dijo el juez de partida.

Todo el mundo empezó a buscarlo por todas partes y nadie daba con él.

Smith estaba desesperado y nervioso, sin saber qué partido tomar, pues había puesto gran

confianza en Brown y ya empezaba a ver malogradas sus esperanzas.

Por fin se presentó Brown en persona. Venía resignado a sucumbir por el amor de Dorotea, pero eso, claro está, no lo sabía nadie, y fué recibido con aclamaciones.

—¡De prisa, Billings! ¡Sólo quedan dos minutos!

Una de las primeras personas que vió Brown fué al escultor, el cual le dijo:

—Pero hombre, no sé cómo se atreve usted.

—Ni yo tampoco—repuso Brown, pero poniéndose en seguida añadió—: Sin embargo, no se apure; cuando empiecen a salir las hormigas, ya verá lo que pasa.

Mas la entereza de Brown volvió a debilitarse sensiblemente en cuanto vió el coche que le estaba esperando. Entonces se encaró con Dorotea y le confesó la verdad.

—Quizá haya sido el cloroformo o el alcohol que he tragado en la clínica, pero acabo de recobrar la memoria y resulta que yo no soy Billings, sino un tal Tom Brown.

—Gracias por su comportamiento—dijo Dorotea displicentemente—. Ha abusado de la confianza que puse en usted para engañarme miserablemente. ¡Le desprecio!

Cuando Dorotea dió media vuelta y se marchó a Brown se le subió la sangre a la cabeza y pensó hacer un disparate: correr.

Al verlo encaramado en el auto, el escultor quiso impedir que se consumara semejante suicidio y se opuso:

—¡Deje usted el coche! ¡Se va a matar!

—No deseo otra cosa!—respondió Brown.

El que iba de mecánico, que ya ocupaba su correspondiente asiento a su lado, no participaba de la intención de Brown e hizo ademán de levantarse al propio tiempo que decía:

—Pero no yendo conmigo.

Brown le retuvo y dispuesto a todo lanzó el coche a gran velocidad por la pista.

El coche del supuesto Billings era un huracán arrollador y desenfrenado. Dió una vuelta, diez, veinte... Pasó un coche, después otro y quedó en primer lugar.

No había fuerza humana capaz de rebasar aquella velocidad vertiginosa. El público enronquecía ébrio de entusiasmo y no se oía más que un grito unánime:

—¡Dale Billings! ¡Una vuelta más Bellings!

Al hacer la primera parada para cambiar un neumático al lado de las tribunas de público, el mecánico entregó el reloj y el portamonedas a un compañero:

—Toma: da esto a mi mujer. ¡Es lo único que le dejo!

Dorotea se acercó a Brown y le dijo:

—Quiero que gane; es preciso ¿sabe?

Esta frase hizo más efecto que la gasolina

de su padre y Brown salió otra vez arrollándolo todo.

—Sobre todo, no se olvide de que hay virajes y modere la marcha cuando vengan las curvas—aconsejó el mecánico.

—¡Aprieta, sietel! ¡Adelanta Billings!—clamaba el público.

Dorotea presenciaba la carrera desde la tribuna con el corazón oprimido por la más fuerte emoción que había sentido en su vida. Veía como su amado pasaba por delante de la tribuna hecho una centella, y, más que en su triunfo, pensaba en la exposición que corría su vida.

¡Y todo por ella! Porque Dorotea sabía que si no hubiese sido por su amor Brown no se hubiera atrevido a realizar semejante proeza y esto la llenaba de orgullo.

Seguía, pues, los incidentes de la carrera y no respiró tranquila hasta que le vio entrar victorioso en la última vuelta y llegar luego a la meta.

El público prorrumpió en una estruendosa ovación.

En el momento de parar, se acercó al auto el caballero que andaba buscando a Billings y cogió a Brown por el cuello del guardapolvo.

—¡Billings! ¡En seguida me vas a decir dónde tienes a mi mujer!

Brown se volvió y entonces el caballero ofendido moderó su actitud.

—Perdone usted. Creí que era usted Billings—murmuró.

—Billings—dijo Brown—acaba de abandonar el coche. Ahora sólo queda su substituto que soy yo: Tom Brown ¿eh? ¡Tom Brown! para servirle...

—Gracias, señor. ¿Y no podría usted decirme cómo tendría que arreglármelas para dar con el paradero de Billings?

En esto se acercó al coche una verdadera avalancha de gente que arrolló al marido burlado y Brown se quedó con la respuesta en los labios.

El primero en felicitarle fué Dumond, el escultor.

—Smith ha descubierto su patraña y tratará de vengarse, pero no tenga usted miedo que yo le sacaré del apuro.

En efecto: Smith se presentó hecho una furia, cosa completamente fuera de lugar, ya que gracias a Brown había podido quedar bien, ganar el premio y la importante apuesta con Hoobs.

Sin embargo, todo se arregló satisfactoriamente.

La felicitación que más agradó al vencedor, fué la de Dorotea. La joven hizo honor a su palabra y al pie del coche ratificó su promesa de casarse con Brown.

Así terminó aquel accidente de automóvil: con un matrimonio. Ahora que diga el lector si

8. 19-2-6/8

puede darse mayor complicación que ésta, ya que el matrimonio es en sí un accidente infinitamente más grave que un simple atropello de auto.

Sin embargo, todos los que se casan dicen ser muy felices y Dorotea y Brown no fueron una excepción a la regla. Proclamaron que eran muy dichosos y ella sólo hubo que lamentarse por una cosa: por la manía de su marido en no emplear otro sistema de locomoción que el arcaico "cab".

FIN

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discreteos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías rencores y celos

Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

— por —

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA